

A la entrada de la llanura se había formado una especie de cuadro, y Jacobo Merey corrió al sitio en donde todavía se defendían. Pero trescientos ó cuatrocientos hombres de caballería atacaban al coronel francés, que procuraba, rodeado por sus soldados, efectuar la retirada.

Jacobo Merey se lanzó en medio de la pelea.

El coronel luchaba cuerpo á cuerpo con dos ginetes, que habían cargado al grito de ¡Viva el rey! rompiendo el cuadro.

Jacobo tiró dos pistoletazos y los lanzó del caballo; pero casi al mismo tiempo se encontró cercado; tomó el sable, y en la oscuridad de la noche dió y paró los golpes: de cuando en cuando los fogonazos de las pistolas esparcían una claridad efímera; pero en uno de aquellos momentos creyó reconocer Jacobo al señor de Charelet con el uniforme verde y gris de los emigrados.

Lanzó un grito de rabia y picó espuelas al caballo para alcanzarlo; pero el animal recibió un tiro en la cabeza al encabritarse y cayó, arrastrando tras de sí á Jacobo, al que iba destinado aquel balazo.

Guarecido por el cadáver de su caballo, permaneció inmóvil algunos minutos entre los piés de los caballos, pero despues se levantó, y desliziéndose por un claro se encontró bajo la cúpula del bosque, es decir, en la más profunda oscuridad.

Nada podía hacer en aquella terrible acometida que entregaba á lo nemigos uno de los caminos, pero podía mucho si con tiempo daba parte á Dumuriez de aquella catástrofe. Se apoyó contra el tronco de un árbol, y viendo que no estaba herido reflexionó, empezando por orientarse y recordando había un sendero que conducía de Longwée á Prado Grande por las orillas del Aisne.

Jacobo Merey escuchó, oyó el rumor del agua, y bajando un ribazo, encontró el manantial; esto le tranquilizó; buscó el sendero y emprendió su camino á Prado Grande, distante legua y media, y á donde llegó tres cuartos de hora despues.

Eran las dos y media, cuando empapado por la lluvia y cubierto de lodo y de sangre, llamaba á la puerta del general.

IX.

El príncipe de Ligne.

Jacobo Merey tenía bastante inteligencia y conocía demasiado la guerra para que otro que no fuera el general en jefe recibiera aquellas noticias.

En esos casos, las resoluciones prontas, la sangre fría y la reserva del general salvan á un ejército.

Sabia cuál era la habitacion de Dumuriez, y pensaba que el ordenanza que velaba en la antecámara le despertara cuando vió luz por entre las junturas de la puerta.

Llamó; la voz firme y grave del general le contestó:

—Adelante.

El general no estaba acostado. Escribía en sus Memorias, en donde consignaba dia por dia todo lo que le sucedía.

Se había retrasado algunos dias y procuraba ponerse al corriente.

—¡Ah! ¡ah! exclamó al ver á Jacobo Merey cubierto de sangre; apuesto que me traeis alguna noticia mala.

—Verdad es, general. El paso de la Cruz de los Bosques ha sido forzado por los austriacos.

—Tenía ese presentimiento; ¿y el coronel?

—Muerto.

—Es lo mejor que podía haber hecho.

Dumuriez descolgó de la pared un gran plano del bosque de Argonne.

—¡Ah! dijo filosóficamente; cada hombre es preciso que tenga sus defectos y sus cualidades.

Impetuoso para concebir un pensamiento, con frecuencia me falta la paciència para ejecutarlo.

Debia haber recorrido y estudiado yo mismo todos esos caminos; no lo he hecho así, y he escrito á la Asamblea que Argonne era el Termópilas de la Francia, y mis Termópilas han sido forzadas y Leónidas no ha muerto.

—Felizmente, dijo Jacobo Merrey, puede haber, despues de las Termópilas, Salamina.

—Eso se dice fácilmente, contestó con calma Dumuriez; pero si Clerfayt, segun costumbre, no pierde el tiempo, cerca á Prado Grande y con sus treinta mil austriacos ocupa las orillas del Aisne, interin me atacan de frente los prusianos, encerrado aquí por setenta y cinco mil hombres, con mis veinticinco mil, dos corrientes de agua y el bosque, no me queda más recurso que rendirme ó hacer matar mis soldados desde el primero hasta el último, y el ejército con el cual contaba la Francia está aniquilado, dejando libre el camino de la capital para los aliados.

—Es preciso, sin perder un instante, arrojarlos de ahí, general.

—Eso es lo que pienso hacer. Despertad á Thevenot, que está en el cuarto inmediato.

Jacobo Merrey abrió la puerta, llamó al ayudante, el que jamás dormia sino á medias, por lo que saltó de la cama, se puso un pantalon y corrió al despacho.

—La Cruz de los Bosques ha sido invadida, dijo Dumuriez; despertad á Charot, que tome seis mil hombres, y que vuelva á ocupar aquel punto, cueste lo que cueste.

Thevenot apenas empleó el tiempo preciso en vestirse, y rápidamente fué en busca del general Charot, le despertó y le transmitió la órden del general.

Entre tanto Jacobo Merrey le explicaba á Dumuriez todo lo sucedido en la Cruz de los Bosques.

Quando supo Dumuriez que habia vuelto al campamento de Prado Grande por senderos de travesía, le preguntó si por el mismo camino podria él conducir una columna para atacar por el flanco al enemigo, mientras que Charot atacaria de frente.

Jacobo Merrey ofreció conducirla, dero siendo solo de infantería, porque miraba como imposible que pudiera pasar la caballería por aquellos caminos.

A pesar de la rapidez con que se preparó todo, era ya muy de dia cuando la columna se encontró dispuesta á marchar; pero Dumuriez reflexionó en que un ataque á la luz del sol podia tener sus desventajas, mientras que de noche, sorprendiendo al enemigo, atacado por un lado y de frente, podia esperarse mejor éxito.

Charot necesitaba tres horas para andar las tres leguas por la calzada de Argonne, en la que se daba un doble rodeo.

Con hora y media tenia bastante Jacobo Merrey para conducir la columna hasta Longwée; por consiguiente, se convino en que Charot, marcharia á las cinco para llegar completamente de noche á la entrada del desfiladero, y Jacobo y los suyos llegarían á las diez y media.

Charot llevaba dos piezas de campaña, y los primeros cañonazos serian la señal para que atacara la columna.

Merrey tuvo tiempo de mudar de traje, de tomar un baño, y á las seis y media de la tarde, con un fusil al hombro y su uniforme de representante, se puso á la cabeza de la columna.

El duque de Chartres habia pedido tomar parte en la expedicion, pero Dumuriez le contestó riendo:

—Paciencia, paciencia, monseñor; esperad una batalla digna de vos, á la luz del sol, porque á los príncipes reales no les convienen los combates nocturnos.

Y añadió en voz baja:

—Sobre todo cuando son aptos para la sucesion.

A las ocho veian Jacobo Merrey y sus quinientos hombres, como á un cuarto de legua y á través de los árboles, las hogueras de los vivaacs, que se extendian á lo largo del desfiladero, pero que eran más numerosos hácia la aldea de Longwée, en donde estaba el cuartel general del príncipe de Ligne.

Cada soldado puso su mochila en el suelo, se sentó sobre ella, comió un pedazo de pan, bebió un trago de aguardiente y esperó con impaciencia.

Cerca de las diez se oyeron los primeros tiros disparados por la vanguardia francesa contra las avanzadas austriacas.

Diez minutos después los estampidos del cañon anunciaron que la artillería empezaba á tomar parte.

La columna de Jacobo Merey vió desde los primeros disparos el desórden que causaban en la línea enemiga; á la luz de las hogueras distinguían á los soldados armándose y corriendo al lugar del combate.

Mucho trabajo le costaba á Jacobo contener á sus soldados; pero sus órdenes eran terminantes: no mezclarse en nada ínterin no se escuchara el primer cañonazo.

La tan deseada señal se oyó. Los soldados cogieron sus fusiles y se lanzaron con Jacobo Merey á la cabeza.

—¡A la bayoneta! gritó Jacobo; no hagais fuego hasta el último extremo.

Y cargaron al grito de ¡Viva la nacion! el que, repetido por el eco del bosque, pudo hacer creer á los austriacos y á los emigrados que lo repetían diez mil voces.

Para combatir contra la Francia no eran ménos valientes los emigrados. Al grito de ¡Viva la nacion! contestaron con el de ¡Viva el rey! y una carga de caballería bajó como un torbellino desde la colina en donde estaba situada la aldea, mandada por un hombre de treinta á treinta y cinco años, que vestía el uniforme de coronel austriaco, casaca blanca, pantalon grana y cinturón de oro.

—¡Fuego á veinte pasos, y á los que sobrevivan recibidlos á la bayoneta! gritó Jacobo.

Después, con voz de trueno, añadió:

—Me encargó del jefe.

Y poniéndose en medio del camino á la cabeza de la columna, aguardó que los primeros ginetes estuvieran á veinte pasos, y entonces apuntó al jefe é hizo fuego.

Quinientos tiros acompañaron al suyo.

Cada cual se habia colocado lo mejor que le era posible para tirar: cada uno habia hecho la puntería á la luz de las hogueras. Lo estrecho del desfiladero no permitía que la caballería cargase sino

á ocho hombres de frente; pero las balas, al cruzarse, habian caído en las filas, causando doscientas bajas en los combatientes y ciento en los caballos.

El jefe, á quien habia apuntado Jacobo, llevado por el galope de su caballo, fué á caer á sus piés. La bala le habia dado en medio del pecho: estaba muerto.

El desfiladero estaba obstruido por los cadáveres de hombres y caballos de tal modo, que los últimos ginetes no pudieron salvar aquella sangrienta barricada que se habia levantado entre ellos y los patriotas.

Algunos de los que sobrevivían se arrojaron sobre las bayonetas, y, ó fueron muertos, ó hechos prisioneros.

—¡Volved á cargar y tirad como podais! gritó Jacobo Merey.

Los patriotas cargaron sus fusiles, y lanzándose por cada lado del camino en el bosque, lo que era imposible para los ginetes, los persiguieron fusilándolos.

La bayoneta era para los desmontados. Se defendían con encarnizamiento; primero, porque eran valientes; segundo, porque no ignoraban que los prisioneros emigrados eran fusilados.

A consecuencia de esto, preferían morir en el campo de batalla, que en los fosos de una ciudadela.

Además, se oía más cerca el cañon de Charot, prueba de que los austriacos se batían en retirada. Había cometido el mismo error. Después de tomar la Cruz de los Bosques, no habia dejado en ella bastantes defensores.

Los fugitivos llevaron á las columnas austriacas la noticia de que el ejército estaba cortado, que el cuerpo de emigrados habia sido exterminado casi por completo, y que el príncipe de Ligne, su jefe, yacía muerto por el primer tiro disparado por los patriotas.

Algunos fueron llevados á la tienda de Dumuriez, después de haberse defendido hasta la desesperacion.

Con respecto á Jacobo Merey, apenas cesó el combate se ocupó de los heridos, y como en aquella época los hospitales ambulantes estaban mal organizados, y puede decirse no habia todavía, hizo reunir todos los caballos sin dueño que se encontraron, incluso el del

príncipe de Ligne, que fué reconocido por la silla y las pistoleras, bordadas de oro, y temiendo tomara el enemigo la ofensiva los empleó en trasportar heridos hasta Vonziers, en donde estableció su cuartel general, dejando el cuidado de anunciar la victoria al general en jefe, á otro más ambicioso que él.

Jacobo Merrey ordenó que se les guardasen á los austriacos las mismas consideraciones que á los franceses, y colocados bajo el mismo techo, recibieron todos su eficaz asistencia y sus cuidados.

Pero apenas estaban instalados y hechas las primeras curas, oyeron de nuevo el cañon, cada vez más próximo á Vonziers, lo que indicaba que Charot se batía á su vez en retirada.

Efectivamente, dos horas despues llegaron á Vonziers algunos de esos hombres que parece tienen alas en los piés para ser los primeros en anunciar una catástrofe, diciendo que en pos de ellos llegaba el cuerpo de ejército de Charot, el que tocaba retirada.

Comprendiendo Clerfayt la importancia de la Cruz de los Bosques, al escuchar el estampido del cañon, habia volado con sus treinta mil hombres, arrollando lo que se oponía á su paso.

Informaron á Jacobo Merrey de que uno de los soldados que habia combatido á sus órdenes deseaba entregarle varios y preciosos objetos, los que no queria poner en manos de otra persona.

Dió orden para que le dejaran entrar: era un cabo.

Habia registrado al jefe de los emigrados, y le habia encontrado un bolsillo que contenia ciento veinte luises, una cartera, en donde habia una carta empezada para su esposa; varios anillos de gran valor y un reloj sembrado de diamantes. Todo se lo presentó al doctor, diciendo que, puesto que era él quien habia dado muerte al príncipe, nada más justo que fuese su heredero.

—Amigo mio, le dijo Jacobo Merrey, no me creo con ningun derecho á esos objetos; pero como están en mis manos, te diré lo que es preciso hacer. Se avisa á los médicos de Mezieres, de Sedan, de Rethel, de Reims y de Santa Menehould; se acepta la abnegacion de los que sean ricos, y con los ciento veinte luises del príncipe de Ligne se pagan los servicios de los que sean pobres. ¿No piensas lo mismo?

—Ya lo creo, ciudadano representante.

—Como el príncipe de Ligne no era un emigrado, sino un príncipe de Hainaut, y sus bienes no están confiscados, me parece que estas alhajas se deben entregar al general Dumuriez, el que las hará llegar á manos de la princesa, la que tiene más derecho á esta herencia que yo, digas tú lo que quieras.

—Tienes razon, ciudadano, contestó el cabo.

—Por último, como no quiero quitarte el mérito por tu accion, tú mismo llevarás estos objetos al general en jefe con una carta mia, y lo más pronto posible me traerás la contestacion, para lo cual montarás en el caballo del príncipe, que miro como propiedad mia, y le dirás al general que le acepte en nombre mio.

Cuatro horas despues regresaba el cabo sobre un caballo que Dumuriez enviaba á Jacobo Merrey en cambio del que habia pertenecido al príncipe.

El general, además, le escribia lo siguiente:

—«Venid; os necesito.—DUMURIEZ.»

—Vamos, me parece que estás satisfecho, valiente; le dijo al soldado.

—Ya lo creo; el general me ha hecho sargento y me ha regalado un reloj.

Y le mostró á Jacobo el regalo.

—Bueno, dijo riendo; es de plata.

—Sí señor; pero los galones son de oro.